

JOHN BELLAMY FOSTER*

EL REDESCUBRIMIENTO DEL IMPERIALISMO**

DURANTE CASI TODO EL SIGLO XX, el concepto de “imperialismo” fue excluido del conjunto de los discursos políticos aceptables para los círculos dominantes del mundo capitalista. Cualquier referencia al “imperialismo” durante la Guerra de Vietnam, sin importar cuán realista fuese, casi siempre era tenida como una señal de que el autor estaba en el lado izquierdo del espectro político. En 1971, en el Prefacio a la edición estadounidense de *Imperialism in the Seventies* de Pierre Jalée (1971), Harry Magdoff apuntaba: “Como regla, los cortesés académicos prefieren no usar el término ‘imperialismo’. Lo encuentran de mal gusto y no-científico”.

De repente, esto ya no es cierto en nuestros días. Intelectuales y miembros de la elite política norteamericana están abrazando calurosamente una abierta misión “imperialista” o “neoimperialista” de Estados Unidos, reiteradamente enunciada en medios escritos tan prestigiosos como *The New York Times* y *Foreign Affairs*. Este fervor imperialista le debe mucho a la guerra contra el terrorismo empren-

* Coeditor de *Monthly Review*.

** Traducción de Fernando Lizárraga. Revisión de Atilio A. Boron. Artículo publicado en *Monthly Review* (Nueva York) Vol. 54, Nº 6, noviembre de 2002, sobre un ensayo originalmente escrito como una introducción a *Essays on Imperialism and Globalization* de Harry Magdoff (Kharagpur, India: Cornerstone Publicacions).

dida por la Administración Bush, la cual está tomando la forma de conquista y ocupación de Afganistán y –si sus ambiciones se concretan– también de Irak. Según la Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Bush, no hay límites o fronteras reconocibles para el uso del poder militar cuando de lo que se trata es de promover los intereses de EE.UU. Frente a este intento de extender lo que sólo puede ser denominado Imperio Norteamericano, intelectuales y figuras políticas no sólo están retornando a la idea de imperialismo, sino también a la visión sostenida por sus impulsores de principios del siglo XIX, es decir, el imperialismo como gran misión civilizadora. Las comparaciones entre EE.UU., la Roma Imperial y el Imperio Británico son comunes en la prensa predominante. Todo lo que se necesita para hacer de este concepto algo completamente funcional es despojarlo de sus viejas asociaciones marxistas con la jerarquía económica y la explotación, por no mencionar el racismo.

Michael Ignatieff, profesor de Políticas de Derechos Humanos de la Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard, escribió en *The New York Times* (28 de julio de 2002): “El imperialismo supo ser la carga del hombre blanco. Esto le dio una mala reputación. Pero el imperialismo no deja de ser necesario porque sea políticamente incorrecto”. Al referirse a las operaciones bélicas en Afganistán, añadía:

Las Fuerzas Especiales no son trabajadores sociales. Son un destacamento imperial que extiende el poder y los intereses norteamericanos en Asia Central. Llámenlo operaciones de paz, llámenlo construcción de una nación, llámenlo como quieran, lo que está ocurriendo en Mazar es una política imperial. En rigor, toda la guerra norteamericana contra el terror es un ejercicio de imperialismo. Esto puede perturbar a los norteamericanos, a quienes no les gusta pensar que su país es un imperio. Pero ¿de qué otro modo se puede denominar a las legiones de soldados, espías y Fuerzas Especiales de Estados Unidos que marchan por el globo? (Ignatieff, 2002).

El general John Ikenberry, profesor de Geopolítica y Justicia Global en la Universidad de Georgetown, y colaborador habitual de *Foreign Affairs*, una publicación del Consejo de Relaciones Exteriores, sostiene:

Bajo la sombra de la guerra contra el terrorismo que ha lanzado la administración Bush, están circulando con fuerza nuevas ideas respecto de la gran estrategia de EE.UU. y de la reestructuración del mundo unipolar de hoy. Dichas ideas demandan un uso unilateral, e incluso preventivo, de la fuerza norteamericana, facilitado en lo posible por coaliciones voluntarias, pero en última instancia no constreñidas por las reglas y normas de la comunidad internacional. Llevadas al extremo, estas nociones forman una visión neoimperial

en la cual Estados Unidos se arroga el rol de fijar los parámetros, determinar las amenazas, usar la fuerza, y administrar justicia a escala global (Ikenberry, 2002).

Para Ikenberry (2002), esto no implica una crítica. Al respecto, afirma: “Los objetivos y *modus operandi* imperiales de Estados Unidos son mucho más limitados y benignos que aquellos de los antiguos emperadores”.

Otras influyentes figuras políticas e intelectuales del *mainstream*, siempre adaptadas a la moda, no son menos directas en su apoyo al neoimperialismo. Sebastian Mallaby, columnista del *Washington Post* y autodenominado “imperialista reticente”, al escribir en *Foreign Affairs* (abril de 2002) explica que “la lógica del neoimperialismo es demasiado atractiva como para que la administración Bush pueda resistirla”. En “The Case for American Empire”, publicado en el *Weekly Standard*, Max Boot, un columnista del *Wall Street Journal*, observa:

Estados Unidos enfrenta la perspectiva de acción militar en muchas de las mismas tierras donde generaciones de soldados coloniales británicos desarrollaron sus campañas. Todos estos son lugares donde los ejércitos de Occidente tuvieron que aplacar el desorden. Afganistán y otras turbulentas tierras extranjeras claman por el tipo de administración externa ilustrada que alguna vez proveyeron los ingleses, seguros de sí mismos, con sus pantalones de montar y sus cascos de safari (Boot, 2001).

En su último libro, *Política del guerrero*, el ensayista del *Atlantic Monthly*, Robert Kaplan, argumenta a favor de una cruzada norteamericana “para llevar prosperidad a remotas partes del mundo, bajo la suave influencia imperial de Estados Unidos”. El asesor de Seguridad Nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, sostiene que la principal tarea de EE.UU. en la preservación de su imperio consiste en “prevenir colusiones y mantener la dependencia entre los vasallos, mantener sumisos y protegidos a los tributarios, y evitar que los bárbaros se junten”. Stephen Peter Rosen, titular del Olin Institute for Strategic Studies de la Universidad de Harvard, ha escrito en la *Harvard Review* (mayo-junio de 2002): “Nuestro objetivo [el de las fuerzas armadas norteamericanas] no es combatir a un rival, sino mantener nuestra posición imperial, y mantener el orden imperial”. Henry Kissinger comienza su *Does America Need a Foreign Policy?* con estas palabras: “Estados Unidos goza de una preeminencia que no alcanzaron siquiera los grandes imperios del pasado”¹.

¹ Las citas de Boot, Brzezinski, Kaplan, Kissinger, Mallaby y Rosen están tomadas de Philip S. Golub (2002). Ver también Martin Walker (2002: 13-20).

Sin embargo, dentro del discurso del establishment hay reglas para esta reapropiación de los conceptos de “imperio” e “imperialismo”. Las motivaciones excepcionalmente benévolas de EE.UU. deben ser enfatizadas. Quienes proponen el nuevo imperialismo deben limitarse a los conceptos militares y políticos de imperio e imperialismo (evitando cualquier sentido de imperialismo económico). Y deben eludir todas las nociones radicales que vinculan el imperialismo al capitalismo y la explotación.

LAS BASES ECONÓMICAS DEL IMPERIALISMO

La cuna de la noción de imperialismo económico, como algo opuesto al imperialismo en general, fue EE.UU., poco más de un siglo atrás. En su ensayo “The Economic Basis of Imperialism”, publicado por primera vez en la *North American Review* en 1898, en tiempos de la guerra hispano-norteamericana, Charles A. Conant arguyó que el imperialismo era necesario para absorber capital excedente frente a la escasez de oportunidades de inversiones rentables; en otras palabras, para aliviar lo que él denominaba el problema de “capital congestionado”.

Si Estados Unidos deberá en realidad adquirir posesiones territoriales, si deberá establecer capitanías generales y regimientos, si deberá adoptar un punto medio para proteger soberanías nominalmente independientes, o si deberá contentarse con estaciones navales y representantes diplomáticos como base para asegurar sus derechos de libre comercio con el Este, es una cuestión de detalle [...] Desde sus sentimientos, quien esto escribe no es partidario del “imperialismo”, pero no le teme a esta palabra si significa solamente que Estados Unidos deberá afirmar sus derechos al libre mercado en todos los viejos países que están siendo abiertos a los recursos excedentes de los países capitalistas y, de este modo, recibiendo los beneficios de la civilización moderna. Se puede debatir si esta política conlleva el gobierno directo sobre grupos de islas semi-salvajes, pero desde el punto de vista económico de la cuestión no hay sino una opción: o bien entrar por algún medio en la competencia para el empleo de capital y emprendimientos norteamericanos en esos países, o continuar con la innecesaria duplicación de los existentes medios de producción y comunicaciones, con la consiguiente superabundancia de productos no consumidos, las convulsiones que se derivan de la parálisis del comercio, y la sostenida caída de las ganancias sobre las inversiones que tal política negativa traerá aparejada (Conant, 1900: 29-30).

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, los conflictos entre las grandes potencias por el reparto de África y las guerras chino-japonesa (1894-1895), hispano-norteamericana, sudafricana (Guerra Boer) y

ruso-japonesa señalaron el comienzo del nuevo imperialismo, asociado al capitalismo monopolista, el cual era cualitativamente diferente del colonialismo que lo había precedido. Esto generó una teoría económica del imperialismo entre los impulsores de este último, quienes ya no lo veían como un mero “sentimiento”, como enfatiza el análisis de Conant (1900). Asimismo, los cambios en el imperialismo pronto dieron origen a un análisis más exhaustivo, que se inauguró con el clásico de John A. Hobson, *Imperialism: A Study*, publicado en 1902. Hobson era un destacado crítico británico de la Guerra Boer, y desde este punto de partida desarrolló su crítica al imperialismo. En un famoso capítulo titulado “The Economic Taproot of Imperialism”, Hobson señalaba:

Cada mejora en los métodos de producción, cada concentración de la propiedad y del control, parece acentuar la tendencia [a la expansión imperialista]. A medida que una nación tras otra ingresa a la economía de las máquinas y adopta métodos industriales avanzados, se hace más difícil para sus industriales, mercaderes y financistas disponer rentablemente de sus recursos económicos [...] En todas partes aparecen excesivos poderes productivos, excesivo capital en busca de inversión. Todos los hombres de negocios admiten que el crecimiento de los poderes productivos en sus países excede el crecimiento del consumo, que se pueden producir más bienes que los que pueden ser vendidos con ganancias, y que existe más capital que el que puede ser invertido rentablemente. Esta situación económica es la que forma la raíz del Imperialismo (Hobson, 1938).

El trabajo de Hobson no era socialista. Creía que el imperialismo se originaba en la posición dominante de ciertos intereses económicos y financieros concentrados, y que las reformas radicales que abordaran la mala distribución del ingreso y las necesidades de la economía doméstica podían frenar el impulso imperialista. Su trabajo adquiriría mayor significación aún a través de la influencia ejercida sobre los análisis marxistas del imperialismo que estaban surgiendo en esa época. El más importante de ellos fue *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, de Lenin, publicado en 1916. El principal propósito del análisis de Lenin era explicar la rivalidad inter-imperialista entre las grandes potencias, la cual había conducido a la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en el curso de su análisis, Lenin vinculó el imperialismo al capitalismo monopolista, argumentando que “en su definición más breve posible [...] el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo” (Lenin, 1971). En ese contexto, exploró un conjunto de factores económicos que iban mucho más allá de la mala distribución del ingreso o de los objetivos de ganancia de corporaciones monopolistas particulares. El capitalismo monopolista era visto como una nueva fase, más allá del capitalismo competitivo, en la cual el capital financiero, una alianza

entre las grandes firmas y el capital bancario, dominaba la economía y el Estado. La competencia no era eliminada, sino que continuaba principalmente entre un grupo relativamente pequeño de firmas gigantescas que tenían la capacidad de controlar grandes porciones de la economía nacional e internacional. El capitalismo monopolista, en este sentido, era inseparable de la rivalidad inter-imperialista, que se manifestaba básicamente bajo la forma de una lucha por los mercados globales. La resultante división del mundo en esferas imperiales y la lucha que esto implicaba condujeron directamente a la Primera Guerra Mundial. La más compleja perspectiva de Lenin sobre el imperialismo superaba el argumento que se centraba simplemente en la necesidad de hallar puntos de inversión para el capital excedente. Lenin también puso énfasis en el ímpetu por obtener un control exclusivo sobre las materias primas y un control más estricto sobre los mercados externos, que surgió en el marco de las condiciones globalizantes de la fase monopolista del capitalismo.

Posteriores análisis marxistas (y radicales no-marxistas) se focalizaron más aun que el de Lenin en algunos de los rasgos más generales del imperialismo, característicos del capitalismo en todas sus fases, tales como la división entre centro y periferia, un asunto que ya había sido abordado por Marx. Pero el sentido que Lenin le dio al imperialismo –como una forma nueva y más desarrollada del mismo, asociada a la concentración y centralización del capital y al nacimiento de la fase monopolista– ha mantenido mucha de su significación en nuestra época, que se caracteriza por un capitalismo monopolista en una fase avanzada de globalización. En efecto, el éxito mismo de las teorías marxistas del imperialismo, que mostraron la sistemática explotación capitalista de la periferia y las condiciones de rivalidad inter-imperialista con gran detalle –de modo tal que el emperador fue visto en toda su desnudez–, fue lo que hizo que el término *imperialismo* superase los límites tolerables para el discurso dominante. Mientras existió la Unión Soviética y una poderosa ola de revoluciones antiimperialistas fue evidente en la periferia, no hubo posibilidad de que el capitalismo abrazara abiertamente el concepto de imperialismo en el nombre de la promoción de la civilización. Las intervenciones militares norteamericanas en el Tercer Mundo para combatir las revoluciones o para ganar control de los mercados eran, invariablemente, presentadas en el discurso oficial de EE.UU. en términos asociados a las motivaciones propias de la Guerra Fría, y no en términos de los objetivos imperiales.

LA ERA DEL IMPERIALISMO

The Age of Imperialism de Harry Magdoff, publicado en 1969, se distinguió por ser el intento directo más influyente para contrarrestar la

visión dominante en la política exterior de EE.UU. durante el período de la Guerra de Vietnam, mediante un tratamiento empírico de la economía del imperialismo norteamericano².

El trabajo de Magdoff no podía ser efectivamente descalificado como mera ideología, porque apuntaba a arrancarle los ropajes al imperialismo norteamericano, observando su estructura económica del modo más directo posible, usando para ello estadísticas económicas de EE.UU. Por lo tanto, atrajo considerables ataques por parte del establishment, al tiempo que inspiró a muchos de los que protestaban contra la guerra.

The Age of Imperialism representó el retorno de la crítica del imperialismo a un lugar de prominencia en el seno de la izquierda norteamericana. Al abordar lo que era ampliamente visto como una anomalía en la relación de EE.UU. con el resto del mundo, originada en la existencia de una política exterior intervencionista acompañada por una aparente “economía aislacionista”, Magdoff demostró que la economía de EE.UU., de hecho, era cualquier cosa menos aislacionista. Al respecto, este autor ponía el acento sobre el flujo de inversiones externas directas en el extranjero y su efecto en la generación de un flujo de ganancias. Además, criticaba el error común de comparar simplemente las exportaciones o las inversiones externas de las corporaciones multinacionales con el PBI. En cambio, observaba que la importancia de estos flujos económicos sólo podía ser estimada al relacionarlos con sectores estratégicos de la economía, como las industrias de bienes de capital; o al comparar las ganancias de la inversión externa con los beneficios de los negocios no-financieros a nivel doméstico. En este sentido, Magdoff aportó información que mostraba que en 1950 las ganancias de las inversiones externas representaban un 10% de las ganancias totales (descontados los impuestos) de las corporaciones domésticas no-financieras, mientras que hacia 1964 tales ganancias habían crecido hasta un 22%.

Esta obra también fue notable por sus argumentos sobre la expansión financiera internacional del capital estadounidense, basada en la posición hegemónica del dólar en la economía mundial y en el crecimiento de la trampa de la deuda en el Tercer Mundo. Fue así que Magdoff desarrolló su primera explicación del “proceso de flujo revertido” inherente a la continua dependencia respecto de la deuda externa: “Si un país toma prestados, digamos, USD 1.000 por año –escribió– en poco tiempo el pago de servicios de la deuda será más grande que el ingreso de dinero de cada año” (Magdoff, 1969). Si se toma el sencillo

² Las obras de Magdoff *The Age of Imperialism: The Economics of US Foreign Policy* (1969) e *Imperialism: From the Colonial Age to the Present* (1978) fueron publicadas por Monthly Review Press. La discusión que se plantea en el trabajo de Magdoff está basada en John Bellamy Foster (2000: 385-394).

caso de un préstamo anual de USD 1.000 a un 5% de interés “a ser devuelto en cuotas iguales durante 20 años”, de esto se sigue que en el quinto año casi el 50% del préstamo anual irá al pago de los servicios de la deuda; en el décimo año, casi el 90% del préstamo será destinado al pago de servicios de deuda; en el quinceavo año, el flujo para el pago de intereses y amortización será más grande que el préstamo mismo; y en el vigésimo año, “el tomador está pagando más de USD 1,50 sobre la deuda pasada por cada USD 1 de nuevo dinero que toma prestado” (Magdoff, 1969).

¿No sería acaso posible, preguntaba Magdoff, que un país evitara esta trampa dejando de tomar dinero prestado año tras año, y en su lugar usara el dinero pedido para desarrollar industrias que generaran renta para prescindir de los créditos e incluso cancelar la deuda? Una buena parte de la respuesta podía hallarse en el hecho de que, como el pago tiene que hacerse en la moneda del país acreedor, la deuda sólo podría ser pagada (independientemente de la tasa de crecimiento) si hubiese suficientes exportaciones que proveyesen las divisas necesarias. Ya en 1969, mucho antes de que la deuda del Tercer Mundo fuese considerada un problema crítico, Magdoff observaba:

El crecimiento del pago de servicios de la deuda del mundo subdesarrollado ha crecido mucho más rápido que sus exportaciones. Por lo tanto el peso de la deuda se ha vuelto más opresivo y, en consecuencia, ha crecido la dependencia financiera respecto de las naciones industriales líderes y sus organizaciones internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Magdoff, 1969).

Según Magdoff, la esencia del imperialismo tal como se manifestó a finales del siglo XX radicaba en la globalización del capital monopolista bajo las condiciones de la hegemonía de EE.UU. En las páginas finales de *The Age of Imperialism* se lee:

La típica firma internacional de negocios ya no se limita a una gigantesca empresa petrolera. Puede ser tanto General Motors o General Electric, que tienen entre un 15 y un 20% de sus operaciones en negocios externos y hacen todos sus esfuerzos para incrementar dichos porcentajes. El objetivo explícito que persiguen estas firmas internacionales es obtener el más bajo costo de producción por unidad, a escala mundial. También es su objetivo, aunque no se lo diga abiertamente, alcanzar la cima en el movimiento de fusiones en el Mercado Común Europeo y controlar una parte tan grande del mercado mundial como la que tienen en el mercado estadounidense (Magdoff, 1969).

La mayor parte de los ensayos del libro de Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, publicado en 1978, versa sobre las falsas concepciones de la historia del imperialismo. Al respecto, fue de gran

importancia la respuesta de Magdoff a la pregunta: “¿Es necesario el imperialismo?”. Como réplica al extendido aserto de que el capitalismo y el imperialismo eran categorías completamente separadas, y que este último no era necesariamente un atributo del primero, Magdoff argumentó que el capitalismo ha sido un sistema mundial desde sus comienzos, y que la expansión imperialista en un sentido amplio fue parte del sistema, tanto como la búsqueda de ganancias. También polemizó con aquellos exponentes de la izquierda que pretendían generar un análisis del imperialismo moderno mediante una teoría particular de las crisis económicas o de la necesidad de exportación de capital, en vez de reconocer que el imperialismo era intrínseco a las tendencias globalizadoras del capitalismo desde sus inicios. A pesar de la importancia de las leyes económicas del movimiento del capitalismo en la generación del imperialismo moderno, debía evitarse cualquier explicación simple, mecánica y estrechamente económica (separada de factores políticos, militares y culturales). En cambio, las fuentes últimas debían buscarse en el desarrollo histórico del capitalismo a partir del siglo XVI. “La eliminación del imperialismo”, concluía Magdoff, “requiere el derrocamiento del capitalismo” (Magdoff, 1978).

VIGILANDO EL CONCEPTO DE IMPERIALISMO

La respuesta más corriente a estos argumentos y sus derivados consistió en colocar el término *imperialismo* (en la medida en que estaba vinculado al capitalismo) cada vez más por fuera del reino de los discursos aceptables. Así, se lo caracterizó como un término puramente ideológico. Al mismo tiempo, hubo intentos de aislar específicamente el término *imperialismo económico*, disociándolo –mediante el método estrecho y compartimentalizador de la ciencia social convencional– del imperialismo político, cultural, etc., para luego someterlo a una crítica especial³. Estos ataques contra las posturas marxistas y radicales sobre el imperialismo fueron tan eficaces que, en noviembre de 1990, Prabhat Patnaik escribió un artículo para *Monthly Review* titulado “Whatever Happened to Imperialism?”, en el cual planteaba la cuestión de la casi

3 El más claro ejemplo de esto es *Testing Theories of Economic Imperialism* de Steven J. Rosen y James R. Kurth (1974). En un ensayo crítico incluido en la obra citada, Harry Magdoff concluía que sería erróneo “un marco analítico [que] pusiera en compartimentos separados los aspectos clave del problema imperialista que de hecho son inseparables. Intentar una tajante diferenciación de los asuntos militares, políticos y económicos conduce a ignorar lo que es más esencial: la interdependencia y la mutua interacción de estos factores. Este modo de pensar –incluyendo el uso de la abstracción del ‘interés nacional’– es muy tradicional en la ciencia social ortodoxa, un hecho que da cuenta de su histórica inhabilidad para enfrentar el crecimiento y la significación del imperialismo o de [las nuevas] bases del imperialismo en el capitalismo monopolista” (Magdoff en Rosen y Kurth, 1974: 86).

completa desaparición del término en los análisis de la izquierda en EE.UU. y Europa. Era particularmente asombroso que esto hubiese ocurrido de cara a las intervenciones militares norteamericanas (tanto abiertas como encubiertas) en países como Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Granada y Panamá, y a pesar del predatorio rol de las multinacionales en todo el mundo (por ejemplo en la India, donde la Union Carbide mató a millares de personas). Decía Patnaik: “Los marxistas más jóvenes se muestran confundidos cuando se menciona este término. Los asuntos apremiantes de nuestros días [...] se discuten sin referencia alguna al imperialismo [...] El tema virtualmente ha desaparecido de las páginas de las publicaciones marxistas, especialmente en aquellas con menor tradición” (Patnaik, 1990). La historia y la teoría del imperialismo, señalaba Patnaik, ya no son temas de discusión.

Es posible observar la significación histórica de este asunto en la escisión ideológica que ocurrió, primero, como respuesta a las luchas sobre la globalización y las nuevas Guerras Balcánicas y, más tarde, en relación con los ataques del 11-S al World Trade Center de Nueva York y al Pentágono, y la subsiguiente guerra contra el terrorismo. Por un lado, los intelectuales inscriptos en las corrientes dominantes –particularmente ante la ampliación de las operaciones militares de EE.UU. y de la OTAN, pero también en respuesta a asuntos tales como el apoyo norteamericano a la Organización Mundial del Comercio (OMC)– se mostraron más dispuestos a reapropiarse del concepto de imperialismo con la intención de otorgarle más brillo a lo que venía siendo presentado como la hegemonía benéfica o el “imperialismo blando” de la única superpotencia mundial. Por otro lado, los pensadores post-marxistas y ex radicales asumieron con frecuencia la tarea de criticar cualquier uso del concepto de imperialismo en el sentido marxista clásico, desligándolo del capitalismo, la explotación global y el imperialismo económico, y argumentando que, dado que el término era inaceptable en el discurso elegante, debía ser descartado.

Un ejemplo de esto último es el artículo de Tom Barry titulado “A Return to Interventionism” que fue publicado en línea en *Foreign Policy in Focus* el 11 de marzo de 2002, en aparente respuesta a los ataques del 11-S y a la guerra contra el terrorismo. Barry, quien en sus escritos previos de los años setenta no había vacilado en adoptar el concepto de imperialismo, sostenía:

Para algunos, especialmente en la nueva y vieja izquierda, esta [la era de Vietnam] fue la “Era del Imperialismo”, una era en la cual Estados Unidos estuvo asegurando su control sobre los recursos y los estados del mundo “en desarrollo”. Había debilidades analíticas en esta crítica antiimperialista, especialmente porque no explicaba muy bien por qué Estados Unidos estaba tan profundamente invo-

lucrado en lugares de aparentemente tan poca importancia económica, como Vietnam del Sur. Tampoco era de gran ayuda la crítica a la Norteamérica imperial para explicar el lado idealista del intervencionismo norteamericano, la compulsión wilsoniana de llevar la libertad y la democracia al resto del mundo. Si el objetivo era reformar la política exterior de Estados Unidos, criticando a este país como un poder imperial desbocado, esto no tenía efecto ni sobre los hacedores de políticas norteamericanos ni sobre el público. Lo que sí parecía funcionar, como modo de suavizar las tendencias de la política exterior norteamericana que respaldaban la represión y la intervención militar en el Tercer Mundo, era la crítica desde los derechos humanos (Barry, 2002).

Desde esta perspectiva, hubo una razón que bastó para que se abandonara completamente el tema: el hecho de que los “hacedores de políticas de EE.UU.”, esto es, los representantes del sistema de poder dominante, no fueron atraídos por el concepto de imperialismo. Adicionalmente, estuvo presente el hecho de que una población adoctrinada no vio en término ninguna relación con la historia norteamericana, en parte porque no tenía conocimiento de las cientos de intervenciones militares en las cuales se había involucrado EE.UU., ni una comprensión más amplia del significado del término imperialismo. Después de todo, ¿no es cierto que EE.UU. busca, primordialmente, con excepción de algunos deslices aquí y allá, “llevar la libertad y la democracia al resto del mundo”? Sin embargo, al mismo tiempo en que aparecía este artículo, los ejércitos norteamericanos estaban realizando operaciones bélicas en Afganistán, construyendo bases en Asia central y lanzando intervenciones en las Filipinas y otros lugares. Al mismo tiempo en que la noción de una “Era del Imperialismo” estaba siendo criticada por la izquierda norteamericana, los comentaristas del sistema y las figuras políticas estaban alabando la nueva era del imperialismo liderada por EE.UU.

Una crítica más influyente sobre la noción de imperialismo fue lanzada por Michael Hardt y Antonio Negri en su libro *Empire* (2000), publicado por Harvard University Press. Según Hardt y Negri, el imperialismo culminó con la guerra de Vietnam. Para estos autores, la Guerra del Golfo de 1991, en la cual EE.UU. desató su poder militar sobre Irak, fue llevada a cabo “*no como una función de sus propias motivaciones nacionales [de Estados Unidos], sino en nombre del derecho global [...] La fuerza policíaca mundial de los Estados Unidos obra, no con un interés imperialista, sino con un interés imperial [es decir, en función de los intereses de un Imperio sin centro y sin fronteras]. En este sentido, la Guerra del Golfo anunció, como afirmaba George Bush [padre], el nacimiento de un nuevo orden mundial*” (Hardt y Negri, 2000).

En otro pasaje de su libro, los autores declaraban: “*Estados Unidos no constituye –y, en realidad, ningún otro Estado-nación puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista*” (Hardt y Negri, 2000). Precisamente esta posición fue la que recibió mayor énfasis en los generosos elogios al libro de Hardt y Negri que se derramaron desde lugares tales como *The New York Times*, la revista *Time*, el *London Observer* y *Foreign Affairs*⁴. Se trata de una posición que niega la relación entre EE.UU. y el imperialismo en su sentido clásico, en su sentido explotador, y además considera que la extensión de la soberanía y el poder norteamericanos reflejan el “imperio” y el rol civilizador “imperial” (la extensión de la Constitución norteamericana a escala global).

Recientemente, Todd Gitlin, ex presidente de Students for a Democratic Society y actual profesor de Periodismo y Sociología en la Universidad de Columbia, en un artículo para la página de opinión editorial de *The New York Times* del 5 de septiembre de 2002, escribió:

La izquierda norteamericana [...] tuvo su versión del unilateralismo. La responsabilidad por los ataques [del 11-S] debía, de algún modo, imputársele al imperialismo norteamericano, porque toda responsabilidad debe endilgarse al imperialismo norteamericano, lo cual constituye un perfecto eco de la idea de la derecha de que todo lo bueno es y debería ser de algún modo norteamericano. Los intelectuales y activistas de la extrema izquierda no podían sentirse muy atribulados con la compasión y la defensa [...] Como sabían poco sobre la red Al Qaeda, la clasificaron bajo el rótulo de antiimperialismo, y a los ataques norteamericanos contra los talibanes bajo el rótulo del Pantano de Vietnam. Para ellos, no agitar la bandera se convirtió en una causa apremiante [...] Los liberales post-Vietnam ahora tienen una oportunidad, libres como están de nuestra ansiedad sesentista por la bandera y de nuestra reflexividad negativa, de abrazar el patriotismo liberal que no pide disculpas y no se acobarda.

Según Gitlin, quien integra la prensa del establishment que ha venido publicando artículos que desembozadamente ensalzan un “imperialismo” norteamericano supuestamente benigno, “toda la acusación de ‘imperialismo norteamericano’ fue una suerte de distorsión extrema introducida por la izquierda”. No importa que el establecimiento de bases militares norteamericanas permanentes en Arabia Saudita, como consecuencia de la guerra de EE.UU. contra Irak en 1991, haya sido el factor que indujo a los fundamentalistas islámicos a salir de Arabia Saudita (incluida Al Qaeda misma) y volverse hacia EE.UU. No importa que Osama bin Laden

4 Para un análisis más detallado del libro de Hardt y Negri en este sentido, ver John Bellamy Foster (2001: 1-9).

haya obtenido su entrenamiento terrorista en las guerras patrocinadas por EE.UU. que los fundamentalistas islámicos libraron contra los soviéticos en Afganistán. No importa que Saddam Hussein haya sido un ex cliente imperial de EE.UU. en tiempos de la guerra Irán-Irak (e incluso hasta el mismo momento de su invasión a Kuwait). Y no importa que Arabia Saudita e Irak ocupen el primer y segundo lugar a nivel mundial por sus reservas conocidas de petróleo, o el hecho de que Afganistán sea el umbral de la puerta al Asia central, una de las áreas más ricas del mundo en reservas de petróleo y gas natural. Finalmente, no importa que EE.UU. tenga ahora bases militares en Asia central y esté dispuesto a quedarse. De algún modo, a pesar de todo esto, y a pesar del hecho de que el “supuesto imperialismo” hoy está siendo aclamado ampliamente en el *mainstream*, a la izquierda no se le permite tocar el tema del imperialismo norteamericano como parte de una crítica a la política exterior de EE.UU. Si el imperialismo está siendo redescubierto, lo es sólo dentro de ciertos circunscriptos límites ideológicos.

RICOS MÁS RICOS Y POBRES MÁS POBRES A NIVEL GLOBAL

Un aspecto esencial del redescubrimiento del imperialismo en los sectores predominantes consiste en la justificación del dominio político y militar de EE.UU., separándolo de cualquier noción sobre la creciente brecha entre naciones ricas y pobres, tal como lo enfatizan las teorías marxistas y lo destaca el nuevo movimiento anti-globalización y anticapitalista. Un signo del impacto de este nuevo movimiento anticapitalista global está dado por la medida en que el establishment global y sus aliados han sentido la necesidad de defender sus propios antecedentes. Una buena parte de esta defensa consiste en afirmar que los militantes anti-globalización no saben de qué están hablando. Nos dicen que si el *imperium* norteamericano parece más dominante que nunca, esto no tiene nada que ver con la explotación económica.

Un ejemplo ilustrativo puede observarse en el artículo que escribiera Virginia Postrel, una de las columnistas estables en temas económicos de *The New York Times*, el 15 de agosto de 2002. El título era muy atractivo: “The Rich Get Richer and the Poor Get Poorer. Right? Let’s Take Another Look”. El artículo estaba pensado para aparecer antes de la Cumbre sobre Desarrollo Sustentable en Johannesburgo, en agosto y septiembre de 2002, y su objetivo era el de refutar a Noam Chomsky, de quien se tomaba la siguiente cita: “La desigualdad está creciendo durante el período globalizador, al interior de los países y entre los países mismos”. Según Postrel, Chomsky no sólo estaba totalmente equivocado, sino que también lo estaba el Informe sobre Desarrollo Humano de Naciones Unidas de 1999, el cual llegaba a la misma conclusión en base a información sistematizada por la propia ONU.

¿Cuál era el error en las afirmaciones de Chomsky y Naciones Unidas, según Postrel y otros defensores de la globalización y la liberalización? La información, insisten, tiene muchas fallas.

El informe de Naciones Unidas, y otros informes también, observan las brechas de ingreso entre los países más ricos y los más pobres, y no entre individuos ricos y pobres. Esto significa que individuos previamente pobres en países enormes podrían volverse mucho más ricos y apenas aparecer en las estadísticas (Postrel, 2002).

De esta manera, los defensores neoliberales del sistema global mezclan y confunden dos cuestiones *separadas*: la brecha entre países y la desigual distribución del ingreso en la población mundial. En rigor, hay una diferencia legítima entre ambos asuntos. El tamaño de los países es irrelevante cuando se examina la brecha entre países. La economía mundial funciona a través de diferentes estados. La historia del capitalismo se caracteriza por una creciente brecha entre estados ricos y pobres, una brecha que se distingue por el hecho de que los estados ricos crecen, en buena medida, por medio de la explotación de otras naciones. A veces, un Estado grande es el que explota a un grupo de estados más pequeños. En otros casos, se trata de un Estado pequeño que extrae excedente de estados mucho más grandes. Piénsese en el actual Imperio Norteamericano y en el antiguo Imperio Británico.

Los ideólogos del capitalismo global, dedicados a demostrar el carácter benigno del imperialismo norteamericano, insisten en que la globalización y la liberalización conducirán a la igualdad económica entre naciones, grandes y pequeñas. Los datos que exhibe Naciones Unidas, sin embargo, prueban concluyentemente que esto no ha ocurrido. Al contrario, la brecha entre estados se ha ensanchado.

Aún así, a *The New York Times* esto no le importa. Le preocupa la gente. Postrel señala:

En las tres últimas décadas [...] los países más grandes del mundo, China e India, han avanzado económicamente. También lo han hecho otros países asiáticos con poblaciones relativamente grandes. El resultado es que 2.500 millones de personas han visto aumentar sus estándares de vida en dirección al de los 1.000 millones de personas que viven en los países ya desarrollados, decreciendo así la pobreza global e incrementándose la igualdad global. Desde el punto de vista de los individuos, la liberalización económica ha sido un enorme éxito (Postrel, 2002).

¡Qué ejemplos! Veamos la contribución de la India a la reducción de la pobreza global. Según el más reciente informe del Banco Mundial (BM), *el 86% de la población de la India vive con menos de dos dólares*

diarios⁵. En 1983, el 10% con mayores ingresos en la India representaba el 26,7% del ingreso y los gastos; en 1991, su participación era del 28,4%, y en 1997 se había elevado al 33,5%. ¡Difícilmente pueda decirse que esto es una señal de creciente igualdad! (Banco Mundial, *World Development Report*, ediciones de 1990, 1996 y 2003)⁶.

Consideremos ahora el caso de China. Tres décadas atrás, China era la nación más desigual del mundo. Entonces, sus líderes políticos tomaron otro camino para perseguir sus objetivos. En lugar de la prioridad que anteriormente se le asignaba a la igualdad, se les dijo a los ciudadanos que enriquecerse era bueno. Se alentó la iniciativa privada, se amplió la apertura a las inversiones extranjeras, el Estado chino se sintió cómodo con las multinacionales norteamericanas, se le dio la bienvenida a la globalización, entró el BM y, recientemente, China se convirtió en miembro de la OMC.

El resultado fue exactamente el contrario del que el dogma prevaleciente nos habría hecho esperar, y que Postrel y otros defensores de la globalización neoliberal simplemente asumen como verdadero. China, que alguna vez se destacara por su devoción a la igualdad, se tornó crecientemente desigual. Tanto es así que hacia finales de los años noventa la distribución del ingreso en China se asemejaba bastante a la mala distribución del ingreso de EE.UU (ver Tabla 1).

Tabla 1

Distribución del ingreso en Estados Unidos y China
Participación porcentual en el ingreso o el consumo*

	10% más pobre	20% más pobre	10% más rico	20% más rico
China	2,4	5,9	30,4	46,6
Estados Unidos	1,8	5,2	30,3	46,4

Fuente: World Bank, *World Development Report 2000/2001*. La información de Estados Unidos corresponde a 1997; la de China a 1998.

la renta o del consumo.

5 Esta información corresponde al año 1992, el último año para el que este tipo de datos está disponible. El límite de los 2 dólares se basa en una paridad de poder adquisitivo. Esto significa que la información está ajustada de modo tal que determine qué cantidad de un conjunto de bienes de consumo podría ser comprada por 2 dólares, eliminando en la medida de lo posible el efecto de las diferencias de precios entre países.

6 Esta información ha sido tomada de las tablas de distribución del ingreso del BM, en las recientes ediciones del Informe de Desarrollo Mundial, tituladas "Pobreza y Distribución del Ingreso". Al calcular las partes porcentuales de la distribución del ingreso, el BM se basa en encuestas de ingreso y gasto en los hogares, compiladas por países. Para asegurar que la información sea comparable, el personal del BM usa, cuando es posible, los datos relativos a los gastos por hogar en lugar de la información sobre el ingreso. En el caso de la India, la información a la que nos referimos está basada en gastos per capita por hogar.

De hecho, existe un importante conjunto de datos sobre la distribución del ingreso a escala mundial. La información fue desarrollada mediante un exhaustivo y muy competente estudio realizado por Branko Milanovic, un economista del BM. Milanovic se internó en la increíble cantidad de información estadística de las computadoras del BM y su estudio dio origen a un panorama sobre la distribución del ingreso de la población mundial en 1988 y 1993. Su análisis muestra que, en rigor, la desigualdad aumentó durante esos años (ver Tabla 2).

Tabla 2

Distribución del ingreso mundial (porcentajes acumulados de población e ingresos)
Participación porcentual en el ingreso o el consumo

Porcentaje acumulado de la población mundial	Porcentaje acumulado del ingreso mundial	
	1988	1993
10% más pobre	0,9	0,8
20% más pobre	2,3	2,0
50% más pobre	9,6	8,5
75% más pobre	25,9	22,3
85% más pobre	41,0	37,1
10% más rico	46,9	50,8
5% más rico	31,2	33,7
1% más rico	9,3	9,5

Fuente: Branko Milanovic (2002: 51-92).

Es notable que, en 1993, el 1% más rico de la población recibió una parte más grande (9,5%) del ingreso mundial que el 50% más pobre, mientras que el 5% más rico, en ese mismo año, tenía una participación en el ingreso que excedía con creces la del 75% más pobre y estaba acercándose a la del 85% más pobre (Milanovic exploró la información con mucho más detalle del que se presenta aquí, y concluyó que el 1% más rico tenía el mismo ingreso que el 57% más pobre de las personas de este planeta). Estos números son exactamente lo que uno podría esperar de la historia completa del capitalismo, el cual prospera mediante una ampliación de la brecha entre ricos y pobres, una ley del sistema que ahora opera sobre un espacio global. Esta explotación global es el núcleo del imperialismo, que es tan básico para el capitalismo, y tan inseparable, como lo es la acumulación misma. Pero esto no es todo respecto del imperialismo, el cual representa una historia compleja que contiene factores políticos, militares y culturales (raciales). Desde una

perspectiva marxista, el imperialismo económico no está en realidad separado de estos otros elementos, que son igualmente parte del desarrollo capitalista global. Del mismo modo en que la búsqueda de ganancias es el mantra del *imperium* norteamericano, su poder militar y político está apuntado a extender esta búsqueda y ampliar su alcance a escala mundial, colocando en todo momento y siempre en primer lugar los intereses de las corporaciones y del Estado norteamericanos.

El redescubrimiento del imperialismo en el seno del *mainstream* sólo significa que en la actualidad estos procesos están siendo presentados, especialmente por parte de los círculos gobernantes en EE.UU., como inevitables, como una realidad de la cual no se puede escapar. Sin embargo, es claro que la revuelta contra esta nueva fase del imperialismo apenas ha comenzado. La mayor parte de la población mundial conoce aquello que los comentaristas norteamericanos convenientemente olvidan, esto es, que el imperialismo de EE.UU. se parece al de los imperios explotadores del pasado, y probablemente sufrirá el mismo destino, con revueltas internas y con los “bárbaros” a sus puertas.

BIBLIOGRAFÍA

- Barry, Tom 2002 “A Return to Interventionism” en *Foreign Policy in Focus*, 11 March. En <<http://fpif.org>>.
- Boot, Max 2001 “The Case for American Empire” en *Weekly Standard*, Vol. 7, N° 5, 15 October.
- Conant, Charles A. 1900 *The United States in the Orient* (Boston: Houghton Mifflin).
- Golub, Philip S. 2002 “The Dynamics of World Disorder. Westward the Course of Empire” en *Le Monde diplomatique*, September. Edición en inglés en <<http://mondediplo.com/>>.
- Foster, John Bellamy 2000 “Harry Magdoff” en Arestis, Phillip y Sawyer, Malcolm *A Biographical Dictionary of Dissenting Economists* (Northampton, Mass.: Edward Elgar).
- Foster, John Bellamy 2001 “Imperialism and ‘Empire’” en *Monthly Review* (London) N° 53, December.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Empire* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).
- Hobson, John 1938 (1902) *Imperialism. A Study* (Londres: Georg Allen & Unwin).
- Ignatieff, Michael 2002 “Barbarians at the Gate?” en *The New York Review of Books*, 28 July.

- Ikenberry, John 2002 "America's Imperial Ambition" en *Foreign Affairs*, Vol. 81, N° 5, September- October.
- Jalée, Pierre 1971 *El Imperialismo en 1970* (México DF: Siglo XXI).
- Lenin, Vladimir Ilich 1971 (1916) *Imperialismo, fase superior del capitalismo* (Moscú: Progreso).
- Magdoff, Harry 1969 *The Age of Imperialism: The Economics of US Foreign Policy* (New York: Monthly Review Press).
- Magdoff, Harry 1978 *Imperialism: From the Colonial Age to the Present* (New York: Monthly Review Press).
- Milanovic, Branko 2002 "True World Income Distribution, 1988 and 1993: First Calculation Based on Household Surveys Alone" en *The Economic Journal*, Vol. 112, January.
- Patnaik, Prabhat 1990 "Whatever Happened to Imperialism?" en *Monthly Review*, November.
- Postrel, Virginia 2002 "The Rich Get Richer and the Poor Get Poorer. Right? Let's Take Another Look" en *The New York Times*, 15 August.
- Rosen, Steven J. y Kurth, James R. 1974 *Testing Theories of Economic Imperialism* (Lexington, Mass.: Lexington Books).
- Walker, Martin 2002 "America's Virtual Empire" en *World Policy Journal*, Vol. 19, Summer.